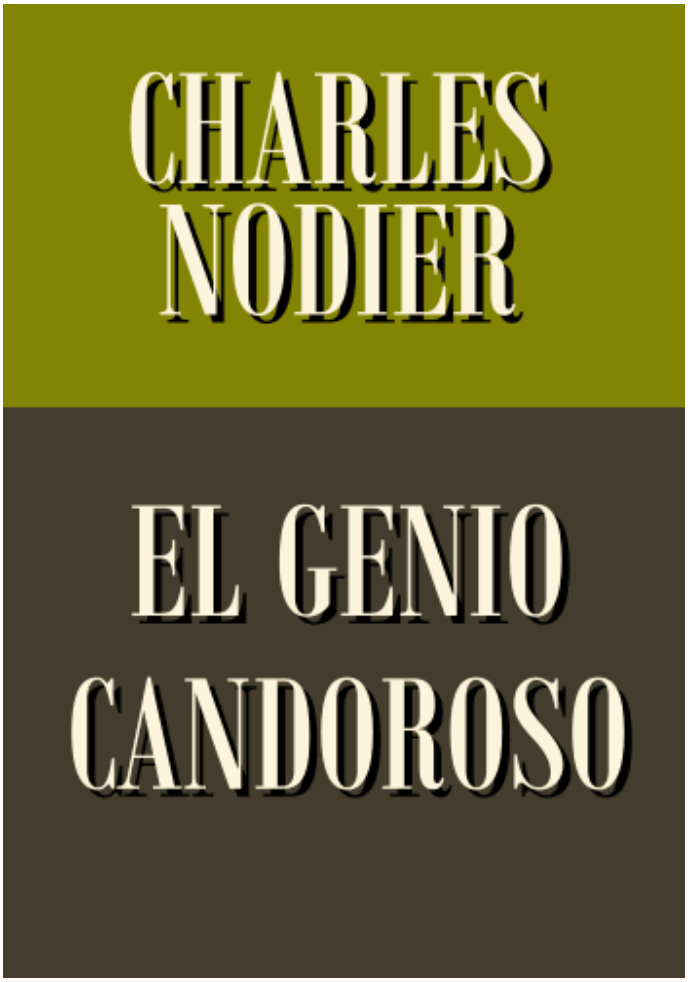
LIBROdot.com

# EL GENIO CANDOROSO

## CHARLES NODIER




*Digitalizado por* LIBROdot.com
*http://www.librodot.com*

En otros tiempos, existían genios. Hoy también existen, si hemos de creer a los que de genios alardean; pero no hay que fiarse.

El genio de que vamos a hablar, no pertenecía a la primera categoría, es decir a los más preeminentes. Era un geniecillo que sólo podía figurar en las asambleas de los genios por derecho de nacimiento y por condescendencia de los genios titulados.

Cuando se presentó en ellas por vez primera, todavía me río al recordarlo -ostentaba como, divisa en su pequeño estandarte: Haz lo que debas, suceda lo que suceda. Por eso le llamaban el Genio Candoroso.

Desde entonces se viene aplicando este último mote a todos los espíritus sencillos y candorosos que practican el bien por sentimiento o por hábito y que no han dado aún con el secreto de hacer una ciencia de la virtud.

En cuanto al apodo de genio se lo aplica todo el que quiere, pero esto no viene a cuento.

A más de doscientas leguas de aquí, y mucho antes de la Revolución, vivía en un antiguo castillo señorial una viuda de calidad, cuyo nombre no han logrado encontrar los señores genealogistas.

La buena señora había perdido a su nuera muy joven y a su hijo en la guerra, y sólo le quedaban, para consuelo de su vejez, dos nietecitos, un niño y una niña, que parecían creados para recreo de la vista, pues ni los pintores, que aspiran siempre a enmendar la plana al Creador, no pudieron jamás imaginar nada más bello.

El niño, que tenía doce años, se llamaba Zafiro, y la niña, que contaba diez, se llamaba Amatista.

No me atrevería yo a asegurar que les fueron puestos estos nombres por el color de sus ojos; pero me permito haceros presente dos cosas: la primera, que el zafiro es una piedra preciosa de azul

transparente, y la amatista otra piedra preciosa que tira a color violeta; y la segunda, que las grandes familias no suelen poner nombres a sus hijos hasta cinco o seis meses después de su nacimiento.

Costaría mucho tiempo y trabajo encontrar una mujer tan buena como la abuela de Amatista y Zafiro; lo era demasiado, y éste es un defecto en el que incurren gustosas las mujeres cuando se toman la molestia de ser buenas; pero esta cualidad no vale la pena de que se preocupen por ella. La llamaremos, pues, Demasiadobuena, para evitar confusiones, si pudiera haberlas.

Demasiadobuena amaba tanto a sus nietos, que los crió y educó como si no los amara. Les dejaba hacer cuanto les viniera en gana, no se oponía nunca a sus caprichos, no les hablaba jamás de estudios y jugaba con ellos para alentarlos a continuar jugando cuando los juegos los aburría. El resultado fue que no sabían apenas nada, y que de no haber sido curiosos, como lo son todos los niños, hubiesen vivido en la ignorancia más completa.

Pero Demasiadobuena era antigua amiga de Simplote, al que había tratado en su juventud, y a quien seguía recibiendo en su castillo.

A menudo; acusábase ante él, en sus secretas entrevistas, de no haber tenido suficiente fuerza de voluntad para ocuparse como debiera en la educación de aquellos dos encantos de nietecitos, a los que podía faltar el día menos pensado. El genio habíale prometido suplir esa falta, siempre que sus asuntos se lo permitieran, y había comenzado por contrarrestar



Librodot

los perniciosos efectos de la educación dada por los pedantes y charlatanes, que principiaban a estar de moda. ¡Y a fe que estaba haciendo mucha falta una noche de verano, Demasiadobuena se acostó, como de costumbre, muy temprano, y se durmió enseguida: ¡es tan apacible y dulce el sueño de los buenos! Amatista y Zafiro entreteníanse en el salón con un cúmulo de esas naderías con que se distrae la ociosidad en los castillos, y habrían estado bostezando, Dios sabe hasta qué hora, si la Naturaleza no les hubiese hecho saltar conuno de sus fenómenos más espantosos y por consiguiente más comunes. La tempestad se desencadenaba fuera. Los relámpagos se sucedían sin interrupción inflamando el espacio donde se cruzaban en zig-zags de fuego que se reflejaban en los cristales de las ventanas. Los árboles de la avenida crujían y se tronchaban azotados por el huracán; el rayo retumbaba en las nubes como carro de bronce corriendo sobre planchas metálicas; la campana de la capilla vibraba de terror, mezclando su llanto prolongado y sonoro, al estruendo de los elementos. Era un espectáculo sublime y terrible.

Los criados entraron despavoridos, anunciando que habían recogido en la puerta un viejecillo calado hasta los huesos por la lluvia torrencial, transido de frío y, probablemente, desfallecido de hambre, pues la tempestad debió sorprenderle en su camino.

Amatista, que presa de terror habíase abrazado a su hermano, fue la primera en correr al encuentro del forasteno. Zafiro, que era más fuerte y ágil que ella, habríale, pasado enseguida delante, pero adrede se quedó atrás para no privar de aquel gusto a su hermana, porque los dos niños eran tan buenos como bonitos.

Imaginaos el deleite del viejecillo al sentir que entraba en calor su aterido cuerpo junto al alegre y crepitante fuego de la chimenea, la avidez con que apuró el vino dulce y generoso que Amatista le ofreció, después de haberlo calentado en un braserillo, el buen apetito con que saboreó la cena que le sirvieran; y, sobre todo, figuraos si quedaría encantado de la amabilidad de sus huéspedes.

No os digo quién era aquel viejecillo, porque quiero reservaros el placer de la sorpresa.

Cuando el viejecillo hubo repuesto sus fuerzas y satisfecho el hambre, se puso alegre y decidor, y los niños no se cansaban de escucharle.

Los niños de aquel tiempo no desdeñaban la conversación de los ancianos, pues creían y con razón, que así podrían aprender algo.

Hoy día, no se respeta tanto la vejez, y esto no me sorprende. ¡Le queda tan poco que aprender a la juventud!

-Me habéis tratado tan bien -dijo-, que me alegraría infinitamente saber que sois dichosos. Supongo que en este magnífico castillo, donde no se echa nada de menos, llevaréis una vida muy feliz.

Zafiro, bajó los ojos.

-Muy feliz, sin duda -repuso Amatista- ¡Nuestra abuela es tan buena y nosotros la queremos tanto! Nada nos falta, es verdad... pero nos aburrimos muchísimo.

-¡Que os aburris! -exclamó el viejecillo con manifiesto estupor-. Quién había de decir que a vuestra edad, y con la fortuna y talento que poseéis os aburríais? El aburrimiento es la enfermedad de las personas inútiles, de los perezosos y de los menos. El que se aburre es una carga de la sociedad, un ser que sólo merece el desprecio. Pero quienes, como vósotros, han sido dotados por la Providencia de tan excelentes, cualidades, pueden distraerse con el trabajo y no sentir nunca el fastidio. Decidme, ¿no trabajáis nunca?

-¡Trabajar!, -exclamó Zafiro casi ofendido-. Somos muy ricos, como ha podido observar por la magnificencia del castillo.

Sí -replicó el viejecillo sonriendo tristemente-, pero pensad que el rayo puede reducirlo a cenizas y escombros.

-Mi abuela posee suficiente oro para levantar otro tan espléndido como este.

Los ladrones podrían robárselo.

-Si venis del puesto que nos habéis dicho -dijo Zafiro-, habréis atravesado una llanura de diez leguas de extensión sembrada de huertos, árboles y mieses. En la cima de la montaña que domina se levanta un palacio inmenso que fue de mis antepasados, donde se han amontonado las enormes riquezas de diez generaciones.

-¡Ah! -exclamó el desconocido-. ¡Por que me obligáis a pagar tan generosa hospitalidad con una mala noticia? El tiempo, que nada respeta, no ha respetado tampoco vuestra más firme esperanza. He recorrido muchas veces la llanura de que me habláis; pero ahora está convertida en inmenso lago. He querido visitar el palacio de vuestros ascendientes, pero sólo he encontrado ruinas, que apenas pueden albergar aves de rapiña y bestias feroces. Las nutrias se disputan la mitad de vuestra herencia, y la otra, pertenece a los búhos. ¡Es tan inconsistente, amigos míos, la opulencia!

Los dos niños se miraron.

-Sólo hay un bien -prosiguió el viejecillo, como si no lo hubiera notado-, que nos pone a cubierto de tan duras vicisitudes y que sólo nos lo pueden proporcionar el estudio y el trabajo. ¡Oh! contra eso, es inútil que las aguas se desborden, que la tierra tiemble y se abra y que el cielo desate sus furias y tempestades. Para el que lo posee, no hay revés ni contratiempo que le haga perder el valor, porque le queda una facultad en el alma y una herramienta en las manos. Las ciencias y las artes son la fortuna más sólidamente garantida; la aptitud para cuidar de los quehaceres domésticos, es la corona de las mujeres. El hombre que tiene una profesión, o una industria, es realmente más rico que los ricos, o mejor dicho, no hay nadie en la tierra tan rico e independiente como él. Las demás fortunas son engañosas y pasajeras. Valen poco y duran menos.

Amatista y Zafiro, que no habían oído jamás un lenguaje semejante, volvieron a mirarse sin despegar los labios. Mientras ellos guardaban silencio, el viejo se transformó: sus facciones apergaminadas, adquirieron la gracia de la plenitud de la vida, y su cuerpo decrépito la apariencia del de un hombre sano y robusto.

-Aquel viejecillo era un genio benéfico, con el que ya os he hecho trabar conocimiento. Los dos niños no dudaron un instante, y supongo que vosotros tampoco hubierais dudado.

-No me marcharé -añadió sonriendo amablemente- sin dejaros una pequeña muestra de mi gratitud por las atenciones que me habéis dispensado. Puesto que el fastidio es lo único que turba la dicha que tan pródigamente os ha concedido el Cielo, tomad estos dos anillos, que son poderosos talismanes. Tocando el resorte que hay en el engarce, encontraréis la enseñanza que encierra y que es un remedio infalible contra esa triste enfermedad del corazón y del espíritu. Si no obstante el arte divino que los ha fabricado, mis esperanzas se vieran fallidas por vez primera, nos volveríamos a ver dentro de un año y entonces emplearíamos otros medios. Estas dos sortijas conservan la amistad, y os las entrego sin imponeros más que dos condiciones fáciles de cumplir; primera, que no habéis de consultar el oráculo sin necesidad, es decir, sin que os invada el fastidio; segunda, que ejecutaréis puntualmente lo que os mande.

Dicho esto, el Genio Candoroso se fue. Un autor dotado de una imaginación más poética, os diría quizá que desapareció. Esta es la manera de despedirse que tienen los genios.

Amatista y Zafiro no se aburrieron aquella noche, y supongo que durmieron poco.

Probablemente pensaban en su fortuna perdida y en los años de estudio y trabajo más irreparablemente perdidos aún. Lamentábanse de tantas horas y tantos días pasados en la ociosidad y que hubieran sido tan fecundos y beneficiosos si los hubiesen sabido emplear.

Levantáronse muy tristes, se buscaron temiendo no encontrarse y se abrazaron rápidamente para ocultar sus lágrimas. Al cabo de un instante de embarazo, la fuerza de la costumbre les arrastró, y volvieron a sus entretenimientos habituales, pero no se distrajeron como antes.

-Me parece que te aburres -dijo Amatista.

-Eso mismo te iba yo a decir -repuso Zafiro-; pero temo que tu aburrimiento sólo sea un pretexto para satisfacer tu curiosidad.

-Te aseguro, que estoy mortalmente aburrida -replicó Amatista, tocando el resorte del engarce.

Y vio, artísticamente grabada en el interior del anillo, esta inscripción, que Zafiro leyó a su vez:

**TRABAJAD**
**PARA HACEOS ÚTILES.**
**HACEOS ÚTILES**
**PARA SER AMADOS.**
**SED AMADOS**
**PARA SER FELICES.**

-No es esto todo -observó gravemente Zafiro-. Es preciso ejecutar lo que el oráculo nos manda. Hagamos la prueba, si te parece. El trabajo no puede ser más fastidioso que la ociosidad.

-¡Oh, eso desde luego! -repuso la niña-. Además, el anillo quizá nos reserva otro remedio, contra el aburrimiento. Hagamos la prueba, como dices. Un mal día pronto se pasa.

Sin es absolutamente malo, como creía Amatista, aquel día no tuvo nada de agradable. Hicieron venir a sus maestros, que descansaban desde mucho tiempo atrás, y hablaron en un lenguaje que parecía fastidioso, porque para los niños era desconocido, pero al cual se encuentra algún encanto cuando se acostumbra uno a oírlo.

Los dos hermanos desaparecían a cada instante. Durante la lección, veinte veces tocaron el resorte del anillo y otras tantas leyeron, la misma inscripción, sin que hubiera cambiado ni una letra.

Así transcurrieron dos semanas larguísimas. Zafiro comenzaba a perder la paciencia.

-Está visto que los genios de este tiempo son muy cargantes –decía mientras borroneaba un pensum. Además -añadía-, fuerza es reconocer que es un medio muy extraño de curar a uno del fastidio llevando el fastidio al último extremo. Pero, al cabo de quince días se aburrieron menos, porque su amor propio se interesaba en la prosecución de sus

estudios; y al cabo de un mes apenas sintieron el fastidio, pues habían sembrado algo y esperaban recoger el fruto. Divertíanse leyendo durante las horas de asueto libros muy instructivos y a la vez amenos en italiano, en inglés y en alemán. No tomaban parte directa en la conversación de las personas instruídas, pero sacaban provecho de ella,

porque sus estudios habíanles puesto en condiciones de entenderlas. En una palabra, pensaban, y esta vida del alma que la ociosidad, destruye, esta vida completamente nueva para ellos, les parecía mucho más dulce que la llevada hasta entonces, porque estaban dotados, como hemos dicho, de muy buenas disposiciones.

Su abuela gozaba de verles tan dichosos y contentos de sus éxitos.

Sé muy bien que el mayor placer de los padres es la pura alegría de sus hijos.

El resorte jugó durante la primera mitad del año; el séptimo, el octavo y el noveno mes, apenas se acordaron los niños de él; y el duodécimo estaba oxidado.

Entonces fue cuando el genio volvió al castillo, según había prometido.

Los genios de aquel tiempo eran más formales que los de ahora y cumplían puntualmente su palabra. En esta segunda visita desplegó algún lujo, pero, sólo el de un hombre prudente, que disfruta de su fortuna sin alardes de vano boato, porque sabe hacer mejor uso de ella.

Sentóse al lado de sus jóvenes amigos, que aún no se habían formado una idea exacta de la dicha de que le eran deudores, y lo acogieron cariñosamente sin darse cuenta cabal de lo que había hecho por ellos.

-Hijos míos -les dijo alegremente-, estoy satisfecho de vosotros, porque siguiendo mis instrucciones, habéis ahuyentado el fastidio con el estudio. El estudio y el saber no están reñidos, empero, con las distracciones y las fiestas; así, pues, Zafiro, tú me enseñarás el paso de danza más de moda, y tú, Amatista, espero que me concederás el honor del primer baile. Por mi parte, os recompensaré con una buena noticia:

sois más ricos que nunca, pues el maldito lago se ha retirado, decuplando la fertilidad de las tierras, y removiendo las ruinas del palacio se ha encontrado en los fundamentos un tesoro incalculable.

-Los ladrones pueden robarlo, -dijo Amatista.

-El lago puede volver a inundar esas tierras que dimos por perdidas -añadió Zafiro.

El genio no oyó estas últimas palabras, o fingió no haberlas oído, y se puso a dar saltitos por el salón.

-Ese buen hombre es demasiado frívolo para su edad -dijo Zafiro.

-Y demasiado necio para ser genio -repuso Amatista-. No voy a tener tiempo de acabar el jarrón de flores que estoy pintando para la fiesta de abuelita. Mi maestro dice que él estaría orgulloso de haberlo hecho, y que cada día se parecen mis obras más a las del famoso señor Rabel.

-Me gustaría, querida hermana -repuso Zafiro-, llevarte alguna ventaja ese día; mas espero que experimentará también una viva alegría viendo los resultados de mi aplicación.

-Pues, será preciso que trabajes con fe para terminar brillantemente el curso -repuso Amatista.

-Y tú también tendrás que trabajar con ahínco, puesto que no está acabado tu jarrón de flores -replicó Zafiro.

-¿De manera que trabajarás? -preguntó Amatista con acento acariciador, como si implorase indulgencia para si misma.

-¿Por qué no? -dijo Zafiro-. No veo ninguna razón para no trabajar, tanto más cuanto que no podría estar ocioso.

-¡Podemos desquitarnos del tiempo perdido! -exclamó Amatista, saltando de alegría.

Y así diciendo los dos niños fueron a saludar a su abuelita

Demasiadobuena, que era entonces demasiado dichosa. Zafiro, que era más decidido, rogó a su madre que le permitiese trabajar siquiera un par de años todavía.

Entonces el genio, que estaba haciendo piruetas esperando su primera lección de baile, prorrumpió en carcajadas,- primero, y en dulce llanto después.

-Trabajad, queridos niños -les dijo; vuestra abuela os lo permite, y por la emoción que le impide hablar podéis calcular la alegría que la embarga de veros contentos. Trabajad con moderación, porque un trabajo excesivo agosta los mejores talentos, como un cultivo demasiado intenso hace estéril el terreno más fecundo. Divertíos de vez en cuando, mejor aún, solazaos con frecuencia, porque el ejercicio corporal es necesario a vuestra edad y el recreo, después del trabajo da nuevas fuerzas y despeja la inteligencia. Reanudad el trabajo antes de sentir el hastío del placer; prolongar el placer hasta que os canse.

Haceos útiles para ser dignos de ser amados, y, como dice el, talismán, sed amados para ser felices. Si en la tierra existe mayor dicha, no conozco el secreto para alcanzarla.